

MONITOR DEL COMERCIO.

EL MONITOR

SE REPARTE

EN MADRID

todos los jueves

POR LA MAÑANA,

Y SE REPARTE

A PROVINCIAS

POR EL CORREO

FRANCO EL PORTE.

NADIE RECIBE

mas de un ejemplar

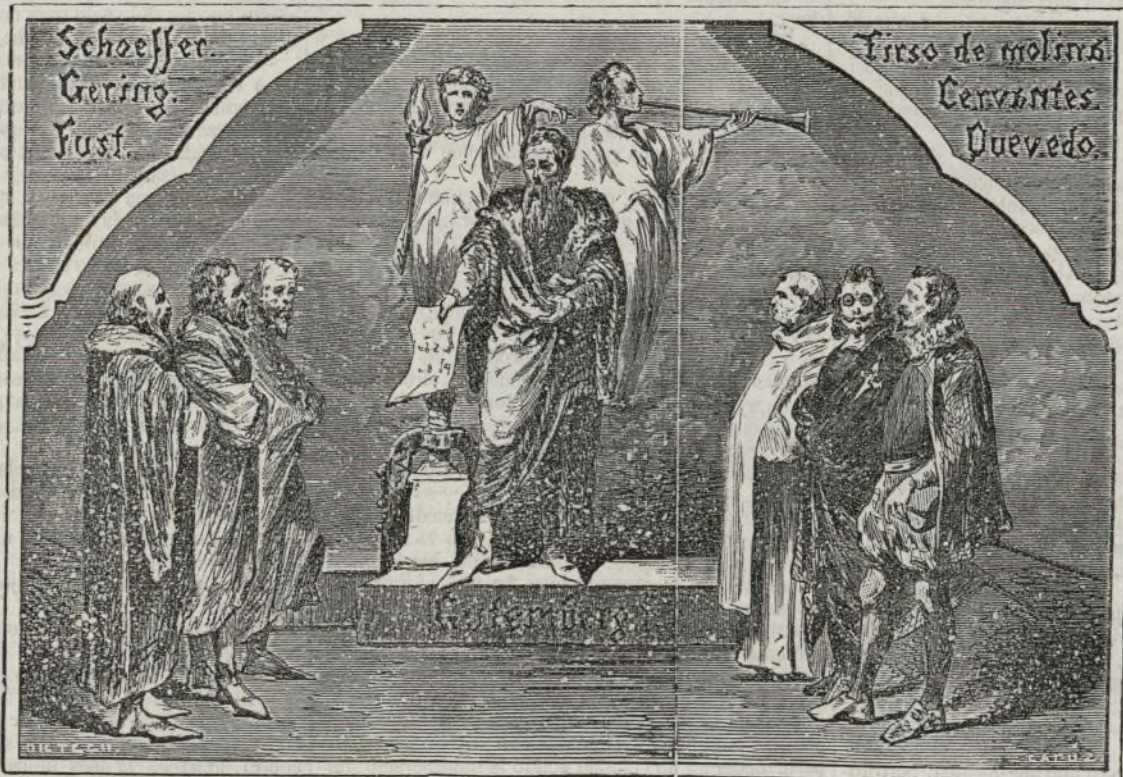
GRATIS

DE CADA NUMERO

aunque tenga

DERECHO A EL

POR VARIOS CONCEPTOS



EL PRECIO

DE LOS ANUNCIOS

ES 25 CENTIMOS

cada 40 letras

PARA LOS QUE ANUNCIAN

PERIÓDICAMENTE,

ó 50 CÉNTIMOS

PARA LOS DEMAS.

NO SE REPITE

EL ENVIO DE LOS NÚMEROS

por ningún motivo

PORQUE SOLO SE TIRA

DE CADA UNO

los ejemplares necesarios

PARA EL SERVICIO.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

En su lugar correspondiente insertamos el anuncio para el pago del interés fijo del semestre que vence el día 30 del actual, advirtiéndole que no se remitirá a los suscritores el aviso particular de costumbre por considerarlo innecesario atendido á que todos reciben los números de EL MONITOR, cuyo verdadero objeto es tenerlos al corriente de aquello que pueda interesarlos relativo al Establecimiento. La experiencia ha demostrado que siendo tan crecido el número de personas interesadas en la empresa y tan frecuentes los cambios de domicilio, el aviso individual produce un gasto y un trabajo que viene á ser inútil por esta misma causa.

LAS NOCHES DE ESTIO.

QUINTA NOCHE.

(Conclusion.)

Desde aquel momento se apoderó de mí una profunda melancolía; todo se me hizo indiferente. No quise ver á nadie y me encerré en las habitaciones que ella había ocupado, que todavía estaban muy impregnadas de su presencia. Mi madre hizo algunos esfuerzos para que yo viajase; me opuse completamente á semejante proposición; me alimentaba con mi dolor, que lejos de disminuirse, iba siempre creciendo; el pesar sin esperanza es el único cuya impresión se borra. Si ella hubiese muerto, mis congojas habrían sido mas violentas, pero menos duraderas, pues lo que duplicaba mi ira y mi furor, era el saber que vivía en poder de otro, cuando su amor me pertenecía exclusivamente.

De este modo se me pasaron tres meses esperando diariamente con ansiedad tener noticia de ella, cuando mi madre recibió al fin una carta, en que le refería que el viaje había sido muy penoso, pero que su niña lo había sobrellevado bien. De todo corazón nos daba las gracias por el aprecio y esmero con que la habíamos atendido, que no olvidaría nunca. Cada frase derramaba un bálsamo sobre mi herida, porque yo era participante de aquel recuerdo. Por otro lado no podía tener duda; porque en aquella carta había un doblez dirigido á mí y solamente contenía una flor sencilla, un pensamiento. Mil veces la puse junto á mis labios.

Continuamos recibiendo con regularidad todos los meses noticias de Magdalena, pero correspondencia semejante no bastaba para mi pasión y estérilmente mi falta de conformidad me consumía, cuando me sobrevino una cruel pena que por algún tiempo me separó de mis amorosas ideas. Mi bondadosa madre falleció en mis brazos, después de unos días de una enfermedad que no creí fuese grave y sin que nada me pudiera hacer prever un fin tan pronto. Perdí en ella la mejor madre, la mas afectuosa amiga, y aunque mi pena y los disgustos que esta le ocasionaba fuesen quizá en parte la causa de su enfermedad y de su muerte, todavía halló palabras de cariño para el hijo á quien dejaba aislado en este mundo.

Me quedé en completa soledad; no tenía ya á nadie para poder hablar acerca de Magdalena.

Desde entonces, después de la primera temporada del luto, no tuve mas que una idea: abandonar ese París que se me había hecho odioso, viajar de país en país, en seguidairme insensiblemente acercando á la India, á Calcuta. Allí la vería todos los días, respiraría el mismo aire que ella y la misma tierra nos serviría de sepultura.

Fijada una vez esta idea en mi mente, no pensé sino en los medios de llevarla á cabo. Arreglé mis negocios, hice mi testamento en el que, después de asegurar la suerte de Marta, legaba todos mis bienes á Magdalena, y marché sin haber resuelto nada acerca del camino que quería seguir.

Instintivamente tomé el de Marsella y hallaba muy natural embarcarme para Suez. ¿No era este el camino que ella había seguido? ¿Podía desde luego haber otro para mí para qué, pues, visitar otros países? Llegar un mes antes ó después no cambiaba nada el efecto que mi presencia debía producir, y un mes era un siglo de padecimiento. Cincuenta días después de mi partida y sin haberme todavía explicado bien el objeto de esta, desembarqué en Calcuta, y entonces empecé á reflexionar en la extrañeza de lo que acababa de ejecutar.

¿Qué iba á pensar Riquier acerca de este viaje, del cual yo ni aun le había avisado? Por muy prevenido que estuviese en su favor, ¿no hallaría muy extraordinaria mi súbita determinación? ¿no era esto despertar sus sospechas y dar lugar á que formase comentarios nada favorables á Magdalena?

Y esta última, ¿cómo vería una llegada que nada autorizaba? ¿No me había dicho que me amaba porque estaba muy cierta de no volverme á ver en este mundo? Luego venía yo á renovar sus padecimientos, á resucitar una herida que ella procuraba sanar.

Todas estas reflexiones que hubiera yo debido hacer antes de emprender el viaje, se presentaron entonces agrupadas en mi mente con todas sus consecuencias; pero era demasiado tarde para retroceder, y solo me restaba hallar un pretexto plausible: me pareció acudir á la astucia, á la mentira. El amor

me cegaba, y por otra parte, la tranquilidad de Magdalena lo exigía así.

Preparé una carta para mi primo, en que le decía que, como él debía recordar, me ocupaba yo muy formalmente de asuntos políticos y que el ministro, á instancia de algunos amigos, había dispuesto confiarme una misión secreta en la India: que no deteniéndome ya en París ningún objeto, á consecuencia de la muerte de mi madre, había aceptado aquel cargo con la mayor satisfacción, porque tenía así motivo para acercarme á él, «añadí que mi viaje había sido tan pronto, que no pude avisarle con tiempo, y que ignoraba yo si mi misión sería larga, lo cual dependía de las circunstancias.»

El pretexto me pareció oportuno.

Escribí enseguida otra carta á Magdalena. Le confesaba el verdadero objeto de mi viaje y la escusa que á su marido le daba. «Perdóneme vd., le decía, el haber faltado á sus órdenes, pero habría muerto mil veces si no hubiese tenido la esperanza de volver á verla. Esta hija del cielo ha bajado para sostenerme y salvarme, y me ha guiado hácia vd., como una nube luminosa.»

Después de escrita esta carta, me faltaba el medio para que llegase á sus manos, lo que era muy difícil en una población donde no conocía yo á nadie, mas la casualidad me sirvió maravillosamente.

En la fonda donde me alojé, había en calidad de cicerone, un pobre hombre con quien yo de intento solía conferenciar. Le pedí los nombres de las principales casas francesas de Calcuta, y en la lista que me dió, estaba Mr. Riquier. Me detuve en este nombre y aparentando gran indiferencia, le dije:

—Riquier, Riquier? hace tiempo he conocido en París á uno que se llamaba así.

—Debe ser el mismo, me contestó; porque hace como dos años que ha llegado y su mujer también ha vuelto algún tiempo después de la niña. ¡Pobre señora! añadió, este viaje no le ha sido favorable.

—¿Estaría enferma? repliqué prontamente.

Me miró con aire de alguna admiración.

—¿La conoce vd.? me preguntó.

—Creo que sí, porque al hablarme de su mujer y de la niña, me hace vd. recordar que seguramente este Riquier ha de ser el que en otro tiempo conocí en París: uno pequeño, moreno, con toda la familia su mujer la he visto mucho en público.

—Pues si vd. la viese ahora, no la reconocería; en otro tiempo era la perla de Calcuta, ahora está descolorida y seca y no es sino su sombra.

Conoció que no debía llevar mas adelante mis investigaciones, si no quería ocasionar sospechas; y confesó que sentí una alegría secreta, al saber que ella estaba tan demudada; pues ¿qué otro sentimiento sino su cariño hacía mí, podía perjudicar las fuerzas de la vida en una joven rodeada de cuantos obsequios y comodidades la riqueza proporciona?

—Será preciso, le dije, que hoy mismo se informe vd. acerca de si Mr. Riquier se halla aquí en la actualidad.

—Desde ahora puedo asegurarle á vd., me contestó, que no está. Ayer le he visto en la plaza del Gobierno que iba con el director de las minas del Pendjab, seguidos de muchos carros, y se dirigían hacia los establecimientos, que están muy distantes.

—Sin embargo, infórmese vd. de cierto y dígame.

—Esperé con ansiedad la respuesta de mi mensajero y creí volverme loco de contento, cuando positivamente supe que José estaba ausente y que no había de volver hasta dentro de ocho ó diez días. Inmediatamente envíe mi carta á Magdalena.

A la mañana siguiente, estando yo solo en mi cuarto, muy agitado con una impaciencia febril, oí que llamaban á la puerta. Me levanto y abro... ¡era Magdalena! Magdalena sola! descolorida y desmejorada, pero mas hermosa aun, porque el fuego de la fiebre animaba sus miradas. Al verla me arrojé á sus pies. Detúvose y señalándome un asiento me dijo:

—Levántese vd., Gustavo, y siéntese.

Obedecí maquinalmente. Este frío recibimiento era muy distinto del que yo me atreví á imaginar.

—Debe vd. admirarse de verme á esta hora en su cuarto, me dijo con voz grave y severa, y precisamente consideraciones muy poderosas me habrán obligado á dar este paso. No le diré á vd. la impresión que me ha causado su carta, cuando anoche me la entregaron, porque si un rayo hubiese caído á mis pies no me habría ocasionado mayor estupor. Toda la noche no he hecho mas que pensar en la situación que usted pretende crearme, y vengo á dictarle mis órdenes.

—Hable vd., le dije, procurando levantarme, sabe que puede disponer de mi vida...

—Ni una palabra mas, me dijo levantándose también, ó me retiro y nunca volveremos á vernos.

Me volví á sentar.

—En un momento de delirio y enternecida con su profunda desesperación, tuve la desgracia de dejar salir de mi pecho el secreto que me oprimía; pero tomo á Dios por testigo de que cedí al temor de verle á vd. atentar contra su vida y á la certeza en que me hallaba de no volverle á ver mas. Pero nada ha podido contener su insensata pasión, ni el recuerdo de mis amarguras ni mi dicha que vd. compromete. ¿Qué espera vd. ahora? ¿Cree que bajo el techo conyugal, al abrigo de su parentesco que vd. ultraja, he de autorizar yo un amor criminal? ¿Espera verme abandonar á mi hija y á mi marido, cuando lejos de mi país, sola y aislada, he sabido respetar su honor y el mío? ¿Le habrá el delirio de sus sentidos inspirado la idea de una vergonzosa separación? Esta idea es la que mas me avergüenza por vd. y por mí. Permítame que crea que ha sido un exceso de locura, que es la única excusa que puede invocar. Pero semejante locura debo curarla. Si mis mejillas están pálidas, si mis ojos están hundidos, indican un padecimiento físico, porque hace mas de dos meses tengo á mi hija muy grave y no la dejo ni de día ni de noche. ¡Ah! Dios me castiga en esta niña la falta de que me he hecho culpable. Renuncie vd., pues, Gustavo, á toda idea de permanecer en esta ciudad, donde su presencia me haría muy desgraciada. Váyase antes que mi marido vuelva; ó mas bien, no espere su regreso para alejarse, porque si llegara á saber que vd. ha venido, podría abrigar sospechas que envenenarían su vida. Busque vd. un pretexto para su repentina marcha, pero váyase, así lo quiero, así lo exijo.

Hizo un gesto de desesperación y continuó:

—Además, hay ahora un pretexto que se le presenta á vd. naturalmente. Mi marido dentro de poco va á marchar á Europa: es un viaje de cerca de seis meses. Vd. ni puede ni debe permanecer aquí durante su ausencia. Se irá con él, lo acompañará y aprenderá á conocerlo y á estimarlo. Con esta condicion accedo á recibirlo á vd. como á un amigo, así que él regrese; en su presencia lo verá á vd.; pero que no haya ni una palabra ni un ademán, que recuerde el fatal día en que se me escapó mi secreto.

Yo estaba subyugado. Levantóse, atravesó el cuarto y ya á punto de salir, viendo que los sollozos me ahogaban, volvió atrás, impulsada por decirlo así, por una fuerza invencible, y estrechando mi cabeza contra su corazón, me dijo:

—¡Valor! amigo.

—Desapareció; la vision se había desvanecido y me preguntaba yo si era un sueño que acababa de tener. Pero no; todavía resonaban en mis oídos sus palabras y no me quedaba ya mas recurso que inclinarme ante la inflexibilidad de aquella muger.

Sin embargo, no era ella una fría estatua; aquel estrecharme convulsiva desmentía la dureza de sus palabras; pero el honor se sobreponía al amor y dominaba sus acciones. Así, pues, aun quejándome de su crueldad, en lo íntimo de mi alma no podía dejar de admirar su heroica resolución. Entonces me avergoncé de haber podido creer que ella olvidase nunca sus deberes; verificóse en mí una violenta reacción,

y no queriendo quedar inferior á aquel ángel de virtud y de hermosura, le escribí al momento, diciéndole que sus órdenes serían puntualmente obedecidas. Le prometí que en adelante sepultaría en lo mas recóndito de mi alma, el inalterable sentimiento que ella me había inspirado y que solamente concluiría con mi vida. Le añadí que aquel mismo día iba á salir de Calcuta para volver despues del regreso de José.

Efectivamente, mantuve mi palabra y salí para Chandernagor, ciudad situada á pocas leguas de Calcuta. Esta visita á una de nuestras posesiones francesas daba, además, al pretexto que para mi viaje inventé, un carácter mas verosímil, puesto que se había creído que estaba yo cumpliendo con una misión diplomática.

No llevarás á mal, querido amigo, que te omita la descripción del país que recorri: al principio te prometí ahorrártela; además, despues de las magníficas páginas de *Eva*, cuanto pudiera describirte, parecería descolorido y pálido. Me limitaré á decirte que en este dichoso clima donde la tierra, movida apenas en la superficie y fecundada sucesivamente con abundantes rocíos y con un sol tropical, proporciona á sus habitantes una vida muy descansada, el aire se halla tan impregnado de balsámicos olores, que derrama en los sentidos una lánguida molición, cuyo efecto es suavizar los mas intensos pesares. Llegué á Chandernagor, no consolado, pero con el corazón adormecido.

—Me parece que, apesar de cuanto puede decirse, su amigo no estaba tan enamorado, dijo la señora de Prebaud, aprovechando un instante en que suspendí la lectura para recobrar aliento. La verdadera pasión no razona, y la señora de Riquier debió hallarse disgustada, en lo interior de su corazón, por ser tan fácilmente obedecida. Por mas que se tenga la firme intención de no faltar al deber, se experimenta cierto goce en verse querida con ilimitado amor.

—Hasta ahora nada justifica el aserto de vd., le respondí, qué quería vd. que Gustavo hiciera? No podía permanecer en una ciudad donde le hubiese sido imposible ver á la muger que amaba. El carácter decidido de la señora de Riquier le probaba sobremanera, que la determinación de esta se hallaba firmemente resuelta. ¿Para qué había de luchar contra insuperables obstáculos?

—Se arrostran cuando se ama, exclamó Mr. Gaston. Esta ardiente exclamación hizo sonrojar algo á la señorita de Perron y obtuvo la aprobación de la señora de Prebaud.

—Al menos es necesario tener la esperanza de ver compartir su pasión.

—¿Y hay un solo hombre que no tenga esa esperanza? replicó la señora de Prebaud.

—Conozco, señora, algunos de gran perspicacia que comprenden que, del mismo modo que hay mugeres para quienes la menor esperanza sería un ultraje, igualmente hay otras que tienen el cruel entretenimiento de inspirar una pasión que nunca compartirán.

—Me complazco en creer que semejantes mugeres por rareza se encuentran.

—Acaso son menos raras veces de lo que vd. cree, porque con la mayor sencillez acabo de hacer el retrato de una coqueta.

—Me parece, dijo la señorita de Perron, que esta larga digresión, nos ha separado mucho de nuestra historia; volvamos á ella, porque es tarde y me estoy deshaciendo por saber el desenlace. Respecto á este particular ya les he hecho á vds. mi profesion de fé.

—¡Ay! querida, contestó la señora de Fourvrières, siento no poder complacer su legítima impaciencia; pero ayer hemos estado velando hasta la una y ya es media noche; si vds. gustan, dejaremos la continuación para el próximo número, siguiendo la fórmula usada al final de los folletines.

La señorita de Perron debió resignarse; pero cuando todos se levantaron, quiso, bajo pretexto de saber si faltaba mucho que leer, echar la vista á las últimas páginas del manuscrito. Gaston se valió de esta ocasión, reprendiéndole su curiosidad, para cogerle sus pequeñas manos, que retuvo acaso mas tiempo del que era necesario.

La señora de Perron, con una mirada, llamó acerca de aquella escena la atención de su marido, el cual no aparentó desaprobársela.

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD (1).

CAPITULO XXI.

CABEZOTA CUENTA ALGUNOS LANCES DE SU VIDA.

Cuando Cabezota, que había recibido en silencio la llave de la bohardilla de manos del Vizco abrió la puerta, ya no había nadie allí.

(1) Véase el anuncio inserto en la plana cuatro.

La vieja María acababa de entrar en su habitación, de la que había salido poco despues de entrar Cabezota en la de doña Inés.

Este volvió á cerrar, dejando puesta la llave, y sentándose otra vez en la tarima, dijo:

—No hay nadie.

—Pues dá principio á la historia, replicó el Vizco, subiendo hasta los ojos el embozo de su capa, y alzando los pies del suelo para colocarlos sobre un palo de la propia silla en que estaba sentado.

—¿Tiene vd. frío? le preguntó Cabezota.

Y sin aguardar la contestación, quitó la capa de sus hombros, la dobló y la puso sobre el suelo.

El Vizco no dijo una sola palabra, y estirando las piernas ocultó sus charoladas botas entre los pliegues de la improvisada alfombra.

—¿Qué historia quiere vd. que le cuente... la del alcalde de Segura, la de los cazadores, ó la de la Perla?... ¡Oh! en esta última estuve muchas veces á punto de volver el trabuco contra el gefe,

—De cuando acá... exclamó el Vizco al ver que Cabezota se enternecía, y hablaba de rebelarse contra su amo.

—Si no hubiese sido por la subordinación, añadió aquel sin hacerse cargo de la exclamación del Vizco... y porque, ya se vé... él decía que tenía motivos para obrar de aquel modo...

—¿Pues qué hacía?

—Es cosa larga, y... la verdad, no me hace mucha gracia el referirla... Me sucede con esto lo que con la muerte del niño Enrique...

—Es el recurso de tu amo; no sabe librarse de sus enemigos sino matándolos.

—O volviéndolos locos, dijo con maligna sonrisa Cabezota.

—¿Otra que tall... replicó el Vizco; valientemente hizo el oso entonces.

—Fortuna que nadie supo que había sido él...

—Dí que nadie se atrevió á decirlo... Que tenga algun día la desgracia de caer en manos de la justicia, y verás como los mismos señores que hoy comen con él, le hacen la obra de caridad de añadirle ese capítulo mas de culpas... Y si sigue siendo tan torpe como hasta aquí, el mejor día le pescan en una.

—No es tan torpe como vd. cree, repuso Cabezota, volviendo con presteza por la honra criminal del Duende... Lo que tiene, añadió, es que trabaja á su modo, y su estado no le permite hacer todo lo que quisiera... Pero si vd. le viesé á caballo en medio de la sierra, conocería si es todo un hombre... Lo mismo se pasa él los quince y los veinte días sin desnudarse, y durmiendo á caballo entre vara y media de nieve, que otros en una cama de pluma... Tiene ahora una jaca negra de dos cuerpos, rétozona y endemoniada, que no hay nadie que se atreva á montarla sino él... Por el ojo de una aguja se mete con ella... salta zanjas de dos varas y media como quien da un solo paso, y la baja al galope por despeñaderos donde no van ni cabras...

—¿Te propones hacerme la historia de tu amo, ó piensas publicar algun pliego de alabanzas con la vida y milagros del Duende?... replicó sonriendo el Vizco.

—No señor... pero vamos al decir... ¿Cómo usted cree que es torpe?

—Y si no lo hubiera creído antes de oírte, lo creería ahora... Pues vaya, que se necesita mucho talento para hacer lo que el último soldado de caballería...

—Si fuera eso todo tendría vd. razón; pero hace otras muchas cosas... ¡Oh! es un hombre de provecho. Y luego hay que disculparle alguna cosa, porque al cabo y al fin es un señor... y no habrá muchos de su clase que sean tan bravos... Para mí no tiene mas defecto que el ser tan duro con las mugeres y los niños como con los hombres.

—¿Estoy sorprendido de verte tan sentimental...

—Pues es la verdad... El hombre podrá ser mas bajo ó mas alto, y unos mas fuertes que otros, pero tienen pelos en la cara y pueden defenderse... ¡Pero los niños! ¡Oh! los niños! ¡Si hubiera vd. visto á Enrique cuando le sacamos del coche donde iba con el aya á tomar baños! ¡Pobrecillo! si yo hubiera sabido lo que iban á hacer luego con él, le hubiese dicho á su tío: «Aquí sobra uno...» De pensar yo lo que trabajé para sorprender el carruaje, me estremezo... Y no será porque me costó matar con solo mi trabuco al mayoral y al postillon... eran hombres, y ya es otra cosa.

Esta horrible distinción con que Cabezota pretendía disculpar su criminalidad, ó mejor diremos, hacer la apología de ella, no era extraña al hombre á quien se la contaba.

Las maldades del Vizco, como habrá podido conocer el lector, no eran de ese género, pero le ponían en contacto con toda clase de malhechores, y había oído á muchos de ellos, espresarse del mismo modo en esa materia.

Por eso no hizo caso de lo que Cabezota hablaba, y le interrumpió, diciéndole:

—Oye, deja esos sermones para cuaresma, y dime quién era esa Perla por la que tanto te interesabas.

—Ni mas ni menos que todos los que estábamos allí... Como que al fin y al cabo se la robaron al amo.

—Tú no tuviste parte en ese robo?

—¡Yo!... no señor... y esa pregunta que vd. me hace le costó bien cara á uno de mis compañeros.

—¿Pues qué le hicistes?

—Le arrojé una bofetá de *cuello vuelto*, donde su madre le había puesto el pecho de niño, y sembré el suelo de dientes y muelas. Yo no hago traición á nadie nunca... Cuando no me gusta una cosa me retiro... y á vivir por donde Dios abra playa.

—¿Con que le soplaron al Duende la querida?

—La Perla no era querida del amo ni de nadie... Era una santa que tenía encerrada en la torre.

—¿Y hacia muchos milagros? preguntó con cinica sonrisa el Vizco.

—El de sufrir tres años el mal trato de ese hombre, que no es poco!

—¿Veo que eres un acérrimo defensor de tu amo!... ¡Si todos sus amigos son como tú, está medrado!

—Yo á nadie adulo, replicó Cabezota con una energía tal, que el Vizco se apresuró á cambiar el tono de su reconvención, diciéndole:

—Así me gusta, eres tan leal como siempre.

La lisonja llegó tarde; pero Cabezota, sin cuidarse de ella ni en un sentido ni en otro, añadió:

—Cien veces le he reprendido á él mismo su proceder con la señorita Adelaida.

—¡Adelaida!... repitió con asombro el Vizco.

Y procurando disimular la curiosidad que se advertía en su semblante, añadió con tono festivo:

—¡Adelaida!... bonito nombre para heroína de una novela romántica...

—Tener encerrada un año y otro á una joven tan hermosa y tan buena, fué una crueldad!... Y fortuna que al poco tiempo de estar allí la libraron del mal trato de esta maldita vieja...

—Doña Inés ha visto alguna vez á esa joven? preguntó con aparente indiferencia el Vizco.

—¡Ya lo creo!... como que ella fué la que la robó de casa de sus padres por encargo del Duende.

—Estaría enamorado de ella, y en ese caso no veo nada de particular en lo que tanto te horripila y te asombra... Ese es precisamente uno de los principales objetos de nuestro instituto... La primera condición de los estatutos de la *partida del trueno*, es atropellar los obstáculos que puedan presentarse en los lances de esa especie... Para nosotros, como tú sabes, no importa nada ni la voluntad de sus familias, ni aun de ellas... Basta que un socio se enamore de una muger, para que no queden burladas sus esperanzas... Así se opongan los padres y los hermanos, como todos los tios y tutores del mundo...

—Todo esto está bien, replicó Cabezota... y nada tiene que ver lo uno con lo otro... Cada cual tiene su alma en su manga, y cuando un hombre está enamorado, se le pueden perdonar los mayores disparates y locuras. Pero el amo no estaba enamorado de la Perla, sino por el contrario, no podía verla ni pintada... Esa historia es un misterio muy grande ó no hay misterios en el mundo.

Mientras hablaba Cabezota, el capitán de la partida del trueno leía con atención un manuscrito que había sacado del bolsillo entre un puñado de papeles y de billetes de banco.

Lo volvió á guardar, esforzándose por disimular su sorpresa, y haciéndose cargo de las últimas palabras del bandido, le dijo:

—¿Con que es un misterio, eh?

—Y grande... La vida que hacia la señorita lo prueba mas que nada... Siempre encerrada en el gabinete de la *culebra*, ni vió ni habló en todo el tiempo que estuvo allí á nadie sino á doña Inés y á otra muger que la sirvió tambien de celera...

—¿Y qué gabinete era ese?

—El mejor que tiene la torre; pero donde no habia entrado alma nacida hacia mas de cinco años, porque dicen que allí estuvo encerrada una señora, y que una noche entró por la ventana una culebra y la quitó la vida *bebiéndola el aliento*... Y por eso le llaman el gabinete de la culebra.

—Pero dime, si nadie la veia, ¿cómo pudiste verla tú?

—Yo no he dicho sino que ella no veia á nadie... por lo demas, todos los que la seguíamos á larga distancia y ocultos entre los pinos cuando salia á paseo, estábamos hartos de verla... En eso hacia bien el amo, porque aunque ni las tropas de la reina ni persona nacida se atrevia á acercarse tres leguas á la redonda de la torre, siempre era bueno no descuidarse... Hombre prevenido vale por dos, como dice el refrán... A mí me daba mucha pena verla salir á pasear de noche llorando las mas veces, y sin tener una persona á quien contar sus penas... El hombre mas aligido se alegra cuando puede desahogar su pecho con alguien... pero la señorita no podia contar con ese consuelo siquiera... Y era valiente, porque á mas de cuatro hombres los he visto yo temblar y echarse

el trabuco á la cara con el ruido que hace el viento entre aquellas malezas; y ella lo oia como si tal cosa... Verdad es que no tenia miedo porque no sabia la clase de gente que anda por allí... Me acuerdo una noche que iba yo siguiéndola á poco mas de cinco varas de distancia; se me enredó el trabuco en una rama, y por poco al tirar para desenredarle sale el tiro... Me hubiera pegado una puñalada si por mi causa la sucede alguna desgracia... Pero me hizo gracia oírle decir:—Ahí ha saltado alguna liebre.—Sí, no es mala liebre la que hubiera saltado, dije yo para mí, si llega á soltarse el gatillo!

El Vizco no se atrevia á interrumpir á Cabezota por miedo de que no le contestara con franqueza á las preguntas que pensaba hacerle; pero por fin le dijo:

—¿Sabes que me va interesando esa muchacha?

—No lo creo... aunque no tendria nada de particular; porque otros mas duros que vd. han llorado al verla.

—¿Conoces tú muchos hombres mas duros que yo? preguntó el Vizco tratando de desvanecer las sospechas que pudiera despertar la curiosidad con que escuchaba las palabras del bandido.

—Segun y conforme, replicó éste; como hombre valiente y arrojado, puede vd. pasearse entre los primeros... Como corazon de hierro mi amo no tiene igual en ninguna parte... Tan seco como es de cara, es de lágrimas... Ocurra lo que ocurra, sus ojos siempre están limpios como una patena.

—¿Castigaría atrocemente á los que protegieron la fuga de esa joven?

—La muger que lo supo y no dió parte con tiempo, habrá dado cuenta hace mas de año y medio en el tribunal de Dios de sus culpas... En cuanto al viejo que la llevó hasta Alicante, donde dicen que se embarcó en un vapor inglés, tiene la fortuna de no haber sido hallado aun... pero discurro yo que no acabará sus dias de muerte natural, porque el amo ha ofrecido veinte y cinco onzas de oro si le presentan vivo, y doce si le entregan su cabeza... Yo puedo decir á vd. que si le encontrara alguna vez volveria la vista á otro lado, perdonándole la vida por la buena accion que hizo con la señorita... Y eso que al principio traté de buscarle, pero lo hacia con ánimo de matarle temiendo que otro le cogiese vivo, y le hiciesen declarar dónde estaba la señorita... Tiene el amo una habilidad particular para hacer cantar en el potro...; los hombres mas reservados y duros, se hacen *chotas* y blandos á su lado.

—¿Y nada se ha podido saber de esa muchacha?

—Nada... no es fácil; figurese vd. que si ella está en Inglaterra con sus padres...

—¿Pues no dices que la robaron en una casa en Madrid?

—Si señor; pero ese es un *belen* muy grande. Yo tengo entendido, por cierta conversacion que oí una vez, que su padre era extranjero...

—¿Vive aun su padre?... dijo el Vizco dando á entender con el tono de su pregunta que deseaba oír una respuesta negativa.

—Hace tres años vivia... ahora no sé.

—¿Tú le has visto alguna vez?

—No señor; pero he oído silbar las balas de los hombres que iban en su compañía cuando estuvo en la torre del Duende.

—¿Y vió á su hija en aquel encierro y no la sacó de él?

—¿Cómo si eso fuera tan fácil!... ¿Pues que se le figuraba á vd. que éramos de mazapan los que estábamos allí?... Verdad es que no sabíamos ni que fuese el padre de la señorita el que venia, ni cosa que lo valga; pero lo mismo hubiese sido... Figurese usted que estábamos una noche rondando el coto veinte hombres á caballo, y todo estaba en silencio; ni pájaros se atrevían á pasar por allí... Media vara de nieve cubria la tierra, y sobre numerosas mantas llevaríamos un dedo de escarcha, mas fria y mas dura que el mismo hielo... cuando de repente, aun no habia salido al cielo la estrella de las dos de la madrugada, yo que bendito sea Dios! tengo un oído mas fino que el del tigre, sentí ruido de caballos hacia la parte alta del monte, como á media legua de la casa... Paré mi caballo, dije á los demás que hicieran lo propio, y ya no nos quedó duda de que nos habia caído que hacer aquella noche... Volvimos las riendas hacia el sitio adonde sonaba el ruido, y antes de descubrir á los contrarios, echamos pie á tierra, atamos los caballos en los pinos, y con el trabuco al brazo nos apostamos en un desfiladero por donde precisamente habian de pasar, los que entonces teníamos por soldados de la Reina... Les mandamos hacer alto apenas los tuvimos cercados, y obedecieron inmediatamente, preguntando el que parecia ser el jefe, por el amo de la torre y añadiendo que allí le esperaria armado ó desarmado, como nosotros quisiésemos... Que era un grande amigo suyo, y que no le dijese otra cosa sino que estaba allí el que habia de llevar la contestacion á la carta del duque de Mon... mon... no me acuerdo... un título franchute ó gringo.

—Mont-Marsan?... dijo con ansiedad el Vizco.

—El mismo... ¿Lo sabia vd. ya?

—No, pero es un título muy conocido en Francia, y...

—Pues ese es el padre de la señorita Adelaida....

El Vizco se levantó de su asiento, dió algunos pasos por la sala, consultando de nuevo el papel que llevaba en el bolsillo, y acercándose á Cabezota, le dijo:

—¿Con qué tan decidido defensor eres de la Perla?... ¿eh?

—Si señor... Hoy no puedo hacer nada por ella, porque no sé donde está, y quizá no necesite nunca de mí, pero si alguna vez la viese en peligro, vive Dios que sabria dar mi vida por ella.

—Mucho entusiasmo es ese.

—Estoy seguro de que haria vd. lo mismo si la hubiese vd. tratado como yo. A la grupa de mi cabalgadura fué á Gibraltar y volvió la pobre señorita, y le aseguro á vd. que desde entonces me pareció una santa... El amo y veinte hombres mas, disfrazados todos de contrabandistas, venian en nuestra compañía, pero nadie se atrevió á decirle «malos ojos tienes» si quiera. Bien sabia el amo que si la hubiese dicho una mala palabra, se acababa mi prudencia, y Dios sabe lo que hubiese sucedido... Toda la gente estaba de mi parte en ese punto, y si hubiésemos sabido entonces que el que nos perseguia era el padre de la señorita, no habríamos cruzado nuestras balas con las de sus guardias.

—¿Y no pudo el duque daros alcance?

—Nadie conocia el terreno como nosotros, y además, mientras él esperaba la contestacion á la embajada, llevábamos ya media legua de camino hacia Sierra-Morena.

—¿Y si la señorita Adelaida necesitase ahora de tu brazo, podria contar contigo?

—Al momento.

—Pues yo recojo tu palabra en su nombre.

—¿Quién, vd.?... vaya... ¿se habrá vd. engañado? Será otra Adelaida la que vd. conoce!

—¿Te arrepientes de tu palabra?

Cabezota miró al Vizco con una sonrisa mezclada de lástima y de desprecio, y le dijo:

—¿Lo mismo conoce vd. á la señorita de que yo hablo que á mí?... ¿Cuántas veces ha oído vd. decir que yo me haya arrepentido de lo que una vez he dicho?

El Vizco le tendió la mano como único medio de ganarle para los planes que proyectaba, y Cabezota la estrechó entre las suyas con alegría, diciendo:

—¿Con qué sabe vd. adonde está la señorita?

—Si; pero es preciso no perder tiempo, porque quizás á estas horas haya descubierto tu amo su paradero.

—En ese caso...

—¿No te atreves á disputar la presa á tu señor?

—Si tal... me atrevo... contestó Cabezota despues de vacilar un momento.

Y aun no habia concluido de pronunciar estas palabras, cuando llamaron á la puerta y se oyó la voz de doña Inés en el pasillo.

—Esta noche, á las once en el sotano de la Melitona, dijo el Vizco acercándose al oído de Cabezota.

Y abierta la puerta, entró doña Inés, que al ver á Cabezota, hizo un movimiento de sorpresa y aparentó recatar á su vista un papel amarillo que traia en la mano.

—No hagás misterios, dijo el Vizco.... Venga ese recibo...

—¿Si viera vd. lo que me ha costado! replicó doña Inés alargando el medio billete.

El Vizco lo estendió sobre el altar, lo confrontó con la otra mitad que llevaba en el bolsillo, y dejando ambos pedazos sobre la mesa, abrió la puerta, y dijo:

—Supongo que no habrás olvidado mi encargo!... La familia del piso segundo me pertenece, y nadie tiene derecho á ocuparse de ella sino yo.

—Está bien, respondió con humildad doña Inés.

Y viendo que el Vizco se marchaba sin recoger los dos medios billetes, le gritó:

—¡Eh! ¡Señor!... que se deja vd. el billete.

El Vizco contestó desde el pasillo:

—Llévalo al Banco y si te lo pagan que te haga buen provecho.

—En el mercado de ayer se vendió el trigo desde 48 á 54 1/2 rs. fanega; la cebada nueva de 25 á 27; la algarroba á 41; carne de vaca de 47 1/4 á 52 rs. arroba y de 18 á 20 cuartos libra; id. de carnero de 18 á 20 cuartos libra; id. de ternera de 88 á 98 reales arroba y de 42 á 51 cuartos libra; tocino añejo de 86 á 88 rs. arroba y de 32 á 36 cuartos libra; jamon de 110 á 116 rs. arroba y de 42 á 51 cuartos libra; aceite de 69 á 72 rs. arroba y de 12 á 14 cuartos cuartillo; pan de dos libras de 12 á 14 cuartos; garbanzos de 34 á 44 rs. arroba y de 10 á 16 cuartos libra; judías de 24 á 30 rs. arroba y de 8 á 12 cuartos libra; arroz

de 30 á 37 rs. arroba y de 10 á 14 cuartos libra; lentejas de 16 á 20 reales arroba y de 8 á 10 cuartos libra; carbon de 7 á 8 rs. arroba; jábón de 60 á 64 rs. arroba y de 20 á 22 cuartos libra; patatas de 4 1/2 á 5 1/2 reales arroba y de 2 á 2 1/2 cuartos libra.

Por todo lo no firmado:—J. BERNAT.

BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 16 de setiembre.

FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 50-20 y 25 c.
Idem diferido, no publicado, 44-90 d.
Deuda amortizable de segunda clase, id., 16.
Idem del personal, id., 19-90.
Acciones de carreteras, emision de 1.º de abril de 1850, de 4,000 rs, 6 por 100 anual, no publicado, 97-25. d.
Idem de 2,000 rs., id. 97-25 d.

Idem de 1.º de junio de 1851, de 2,000 rs., id., 96-50 d.
Idem de 31 de agosto de 1852, de 2,000 rs., id., 95-25.
Idem de 1.º de julio de 1856, de 2,000 rs., id., 96-50.
Idem de Obras públicas de 1.º de julio de 1858, publicado, 96-25.
Idem del Canal de Isabel II, de 4,000 rs., 8 por 100 anual, no publicado, 109 d.
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carri-les, publicado, 94; no publicado, 93-90.
Acciones del Banco de España, id., 215. d.
Idem de la Compañía de los ferro-carri-les de Madrid á Zaragoza y Alicante, id., 2175.
Obligaciones de la Compañía de los de Madrid á Zaragoza y Alicante, con interés de 3 por 100, reembolsables por sorteos, id., 1,010 d.
Idem hipotecarias del de Isabel II de Alar á Santander, con interés de 6 por 100, reembolsables por sorteos, á 137 1/4 por 100, id., 10,300 d.
Idem de la Compañía del ferro-carril de Córdoba á Sevilla, id., 1,425 p.
Acciones del ferro-carril de Zaragoza á Pamplona, idem, 1,625 d.

Obligaciones de id., id., id., 960 d.
Idem del ferro-carril de Montblanch á Reus, id., 950.
Acciones de la Compañía del ferro-carril de Ciudad-Real á Badajoz, id., 1,845.
Obligaciones de id., id., id., 931.

CAMBIOS.

Londres á noventa dias fecha, 49-90.
Paris á ocho dias vista, 5-23 p.

BOLSAS ESTRANGERAS.

París, 16 de setiembre de 1862.

Amberes 11 de setiembre.—Interior, 48.—Diferida, 43-75.
Amsterdam 11 de id.—Interior, 48 7/16.—Diferida, 44 1/4.
Frankfort 11 de id.—Interior 48 1/2.—Diferida, 44 1/4.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

MADRID 1862.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

Desde el dia 1.º de octubre próximo se abrirá el pago del interés fijo correspondiente al semestre que concluye el 30 del actual. El pago se verificará en Madrid en las oficinas de la Direccion, calle de Santa Teresa, núm. 8, todos los dias no festivos de once á tres de la tarde, y en provincia girando á cargo del Director ó por medio de libranzas en igual forma que los semestres anteriores; advirtiendo que el Establecimiento no se obliga á remitir libranzas mas que sobre los puntos en donde hay posibilidad de giro. Se recuerda á los señores suscritores que cobran por medio de personas encargadas al efecto, que deben autorizarlas especialmente para cada semestre, porque la autorizacion dada para uno no sirve para otro aunque sea de la misma familia. Estas autorizaciones se hacen por medio de una simple carta y por tanto no ocasionan gasto ni molestia y evitan muchos inconvenientes. Madrid 1.º de setiembre de 1862.—El director FRANCISCO DE P. MELLADO.

EL CIVILIZADOR.

HISTORIA DE LA HUMANIDAD POR SUS GRANDES HOMBRES, por A. Lamartine. Un tomo en 4.º á dos columnas. Contiene las siguientes biografías: Homero.—Juana de Arco.—Bernardo de Palissy.—Cristóbal Colon.—Ciceron.—Guttemberg.—Eloisa.—Fenelon.—Sócrates.—Nelson.—Rustam.—Jacquard.—Cronwell.—Guillermo Tell.—Bossuet.—Milton.—Antar.—Madama de Sevigné. Es tan popular el nombre del autor, que consideramos inútil encarecer el mérito de la obra. Todos los que la conocen, saben que cada una de las biografías del célebre autor de los *Girondinos* es una novela histórica; pero conviene advertir que la traducción está hecha con el mayor esmero, y la edicion, aunque económica, es limpia, correcta y esmerada: 20 rs. en Madrid y 24 en provincia.

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD,

NOVELA ORIGINAL

POR DON ANTONIO FLORES.

Cuarta edicion en dos tomos, con las mismas láminas de la edicion de lujo. Precio 40 rs. en Madrid y 44 en provincia.

FOTOGRAFIA.

Se ha abierto el dia 15 de julio en la calle de la Montera, núm. 3, junto á la puerta del Sol, cuarto 3.º, un gabinete artistico-fotográfico, á competencia con los mejores de la corte; tiene una elegante y lujosa sala ricamente amueblada, para esperar las señoras y caballeros. Precio 40 rs. teniendo opcion á hacerse dos retratos, uno de cuerpo entero y otro de busto ó de silueta, á gusto de los concurrentes; y el precio de las tarjetas el ordinario de 4 rs.

HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR A. THIERS. Segunda edicion española. Seis tomos en 8.º: precio, 64 rs. en Madrid, y 74 en provincia.

GUIA

DEL VIAGERO EN ESPAÑA,

POR

D. FRANCISCO DE P. MELLADO.

OCTAVA EDICION.—1862.

Contiene una noticia geográfica, estadística, histórica y administrativa del reino.—La descripción de Madrid y de las principales poblaciones de España.—Noticia de las carreteras generales y transversales que conducen de un punto á otro, expresando la distancia de la Corte á las capitales, costas, fronteras y pueblos importantes, y de estos entre sí.—La descripción de todas las líneas de

FERRO-CARRILES

abiertas ó próximas á abrirse al servicio público en España, y la de Bayona á Paris, con el nombre de las estaciones, la distancia en kilómetros y un mapa itinerario, topográfico y de caminos, aparte del texto, hecho expresamente para acompañar á esta obra.

Un tomo en 8.º de 600 páginas, impreso con lujo y elegancia en papel superior: precio, 16 rs. en Madrid y 19 en provincia, á la rústica. Encuadernado en tela con planchas de relieve, 19 rs. en Madrid, y 24 en provincia.

Se suscribo y se hallan de venta todas estas obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en las librerías Americana López, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Pontejos; en la de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Gujardo, calle de Preciados; en la Publicidad, ponsales del Establecimiento ó enviando letra del importe.

EL CRISTIANISMO,

SEMANARIO

RELIGIOSO, CIENTIFICO Y LITERARIO.

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Se ha publicado el número treinta y tres de este interesante semanario religioso, correspondiente al sábado 13 de setiembre, y contiene lo siguiente:

Seccion doctrinal.—Falsos católicos, por don Francisco Pareja de Alarcon.

Seccion religiosa.—Trozos escogidos de nuestros escritores clásicos de religion.

Seccion recreativa.—Olga, gran duquesa de Rusia.

Seccion de variedades.—Impresiones de Roma, descritas por los señores obispos de Avila y Plasencia.—Corrupcion prematura de los niños, por J. S.

Seccion de actualidad.—Revista de la semana.—Boletin religioso de la semana próxima.—Festividades mas notables de la semana.

La suscripcion cuesta 5 rs. al mes en Madrid, 18 en provincias el trimestre, 50 en el extranjero y 3 pesos en Ultramar. Puede hacerse en la Administracion de EL CRISTIANISMO, calle del Barco, 34, principal, en todos los corresponsales de este Establecimiento, y en las librerías de Aguado y Olamendi, teniendo en cuenta que empiezan con el año, y que aunque no ha salido hasta el 1.º de febrero, se cuenta como si fuese el 1.º de enero, porque la empresa resarce los números que faltan de este mes con igual número de pliegos de Biblioteca.

CAJA DE SEGUROS

Y

SEGURO MUTUO DE QUINTAS,

DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO.

ASOCIACION UNIVERSAL

PARA REDIMIR EL SERVICIO DE LAS ARMAS,

AUTORIZADA POR EL GOBIERNO DE S. M.

Esta sociedad, en el corto tiempo que lleva de existencia, ha pagado mas de DOS MILLONES DE REALES á sus asegurados para redimir el servicio de las armas, y en el último sorteo despues de entregar la suma de ocho mil reales á todos los suscritores declarados soldados, hubo un sobrante á favor de los libres equivalente á mas de 34 por 100 del importe del capital que impusieron.

La suscripcion puede hacerse desde que el niño nace hasta la víspera del día en que entra en suerte, pero la mayor ventaja está en suscribirse antes, porque una cantidad insignificante, que se puede pagar de una vez ó en varios plazos, basta para redimirse.—A fin de facilitar la suscripcion el Establecimiento anticipa las cantidades necesarias para hacer el seguro con condiciones muy ventajosas.

Se admiten seguros en Madrid en las oficinas de la Direccion, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en provincias por conducto de los representantes de la Sociedad. En los mismos puntos se dan prospectos y explicaciones.

En los pueblos donde no haya representante de la empresa pueden hacerse los seguros directamente por medio de cartas que se dirigen á D. FRANCISCO DE P. MELLADO.